

Nivaria Tejera y el hilo invisible

ERAN PEDAZOS, TROCITOS DE TEXTO, QUE EMERGÍAN POR aquí y por allá, en alguna antología, en algún diálogo con las sombras.

«Es que el viento las anima a sufrir, que el corazón se les despierta.».

Fragmentos, porque nunca vi, leí un libro completo, excepto *El barranco*, su primera novela, gracias a la generosidad de Samuel Feijóo.

Aún conservo «Alba en el Niño Hidropésico», un poema que salió como fascículo con ilustración de Fayad Jamís, impreso en cartulina suave color sepia.

Yo seguí ese hilo invisible. Como una Tesea que intuía la salida.

«Conozco mirar hacia aquí y enfermar».

Cuba entonces, mil novecientos cincuenta y pico, era una voráGINE de ires y venires, de hechos soterrados, de murmullos y miradas sesgadas, pero había también lugares que sólo los iniciados reconocían, espacios para imaginar la salida, porque de Cuba había que salir para encontrarse. Entonces la Isla era sólo ruido.

«Estoy toda caída hacia adentro y no tengo preguntas.»

Quizás la condición de isla y un mar en apariencia apacible obligaban a desear el trasplante hacia otra cultura que se presentía llena de contextos, de calles por donde deambulaban los fantasmas de otros poetas, de otras poetas.

La vulgaridad del hablar cubano siempre gritado y enzarzado en los bucles de los africanos allí aposentados. La música de los altavoces que invadían toda intimidad.

Nivaria escribía en París. Y yo sentía el hilo invisible de su voz que me era familiar, amiga. Mujer que escribía en soledad, en el frío de las calles húmedas de París. Más cercana su voz porque era mujer y porque su visión se amoldaba a como yo quería sonar.

Salir del pesado ritmo, del intimismo, del acopio de rimas de los viejos poetas sin dejar espacios de silencio para la libertad, el aliento, el respiro. Un romper que mi juventud escasamente adolescente deseaba.

Venían los personajes a la librería La Tertulia, que era como el núcleo adonde todos iban a recoger algún libro, a retomar otro, a conversar con quien pasara por allí, o a escaparse. Pero sus textos completos vinieron de manos de otro poeta, Rolando Escardó, y juntos los leímos en voz alta. Sí, conocí a Fayad, su compañero, y a Baragaño, y a otros, pero fue Rolando el que mejor la quería como poeta.

«La voluntad del profeta habita un pregón de infancia» y quizás mostrando la salida a los otros fue cegada por el fuego de Ariadna.

Sabía poco entonces, pero leía mucho y reconocía que Nivaria era una maestra. «Si yo no fuera de agua fabricaría un juguete de sangre». Lástima no haber podido entonces hablarle, pero fue así, y pasó el tiempo.

De ruidos ensordecedores la Isla se vertió a los patíbulos, a los fusilamientos, a las consignas. No fue difícil el cruce de margen a margen.

Quien buscaba el espacio para decir lo propio fuera del coro no podía quedarse.

Quizás el único homenaje que una poeta puede hacer a otra poeta, es su obra. Y mi libro *El banquete*, está dedicado en parte a la maestra que es Nivaria. Obra comenzada en los vericuetos de la isla de San Luis, de la Contraescarpa, voces que nos hablaban detrás de las nubes y la lluvia, y que yo alumbrada recogía. Nivaria envolvía París con su paraguas, con su abrigo de paño negro, reía con el Gitane ya apagado, no era buena fumadora, y lanzaba imprecaciones contra el Minotauro que ya se entronaba para toda la eternidad en el centro de la Isla. Fue por la rue de Vaugirard, una llamada a la puerta, y la tarjeta de visita de la poesía, tan simple, tan compleja. Así fue el inicio de una amistad, el dar y cerrar la mano, bienvenida y despedida al mismo tiempo, habitáculos que son compartidos y, por lo demás, coincidencias, alusiones, el alivio de la terrible herida.

Pocos conocían qué pasaba en los años 60 por la atolondrada y turbulenta Isla, pero algunas como yo sabían las maldiciones que habían caído sobre los hijos de El Puente. Desconocía, sin embargo, que también los rayos y centellas habían descendido sobre ella, Nivaria. Nada más cómodo para el Dictador que mesmerizar a las masas y eliminar las contadas voces que le señalaban como farsante. Algunos fueron eliminados. Si habláramos de exclusión, destierro forzado, prisión selectiva, podríamos estar más cerca. La herencia de la Revolución Francesa, derecha, izquierda, esos mezquinos alineamientos que no escuchaban ni dejaban escuchar cuál era el discurso propio, que por ser propio, era y es único. La guillotina quizás era la gran igualizadora. Nadie habló de Voltaire, ni Diderot, ni Rousseau, en la Plaza Cívica, ahora Plaza de la Revolución.

Pasan los herejes, se cierran las ventanas. Oídos sordos, paredes húmedas de una prisión en la vieja calle Vaugirard. Y aquellos que vivían en modernos apartamentos de la alta burguesía, repetían como corifeos «con la revolución todo, sin la revolución nada», sin haberla conocido, sin percibir su lengua bífida, tal es la pasión vicaria, esperpéntica, de los que carecían de coraje para nombrar la mentira. Aún en ese París se veneraba a Joseph Stalin, *ma vieille*.

Un poco huérfanas en la tempestad, un poco exiliadas descalzas, cruzamos por el placer de cruzar los puentes sobre el Sena y con sangrantes labios declamábamos a aquellos otros maestros que miraron el turbio correr del río y no saltaron. Apollinaire, Peret, Baudelaire, Celan, Wordsworth, Perse, Basho, Dickinson, y más.

Resistir, es decir, el deber de vivir y resistir, de ser testigo y contar lo que se ha visto, un poco Anna Ajmátova, un poco Nadezhda Mandelstam. Los paralelos pueden cruzarse, esto lo sabemos bien.

Las mujeres que ahora despiertan, que escriban y repasen los textos de Nivaria, sabrán hasta qué punto ha buscado quitar el sedimento a la palabra. Un poco arqueóloga, un poco forense, resucita el movimiento del verbo y declina las percusiones. La parquedad no es una propiedad cubana. El esencialismo tampoco. Por eso quizás no trascendemos ni al mismo martirio. Por eso Nivaria estrena una nueva vía.

Oigo paráfrasis en las bocas de los búfalos de las letras, rezongando los nombres de aquellos que beatifican en ídolos de piedra a los muertos ayer, oigo a las vociferantes que multiplican sus brazos para recoger pergaminos y medallas, están en todas partes, ellos, ellas, ignorantes de sí, sin recato. Esa raza de viciosos paranoicos, vulgares entes de la traición, se ocultan en todas partes. Quedan por el gesto al descubierto. Los reconocemos. Y tú, Nivaria, nos has dado el ejemplo para desglosar la podredumbre y vencer la náusea.

Este texto es una humilde página de agradecimiento. Mi generación aprendió a soliviantar las mareas siguiendo el hilo invisible de esta escritora, amiga, que nunca se ha inclinado ante las vanidades, ni los cortejos, fiel a sí misma, pantera lista a saltar sobre la mentira, y quien como su niño hidropésico cada día se acerca a la ventana para mirar la noche. Cuando ella vigila, la verdad finalmente descansa. «Adentro del tintero ya no hay multitudes alegres».